

V. LA LEY DE DIOS SE CONJUGA CON EL VERBO AMAR.

v. 26 Él le dijo: *¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?*

v. 27 Él respondió: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo.*

v. 28 Él le dijo: *Has respondido correctamente. Haz esto y tendrás la vida.*

1. Introducción: Del amor a la Ley, a la Ley del Amor. En el guión III procuré dejar ya más que esbozada la **progresión** que, en el ámbito de la Ley de Dios va mostrando la Sagrada Escritura, y que Lucas esboza en la interpelación *del maestro de la ley* a Jesús, el nuevo *Rabí* que emerge en la historia religiosa de Israel. Estamos en el punto histórico en el que la *Nueva Ley* va a tomar el relevo a la *Antigua*, de la cual brota como de su raíz, para *transfigurarla* sin anular su espíritu ni sus preceptos más importantes.



Esa transfiguración se realiza en el marco de *la vida que anhelamos eterna*. Es el tema del último guión, el IV. En la mente tanto del maestro de la ley como de Jesús, la *ley* dada por Dios es la expresión de su Alianza, su propuesta a los hombres de una *divinización*¹ transfiguradora de la realidad cósmica y, dentro

¹ Palabra usada por los santos padres de los primeros siglos para expresar el futuro querido por Dios para la humanidad futura. De entre la abundante y magnífica literatura que existe sobre el tema, a mí me ha fascinado siempre el ensayo que le dedicó Xavier Zubiri, publicado en el libro *Naturaleza, historia, Dios* (Ed. Nacional, Madrid 1981, p. 445-478). Él usa la palabra *deificación*.

de ella, de la vida humana, superando *los sufrimientos de ahora, que no se pueden comparar con la gloria que un día se nos manifestará*.²

Este V guión viene a cerrar la reflexión pastoral sobre los vv. 25-28, que en el texto de Lucas describen la discusión entre el *maestro de la ley* y Jesús. Con el contenido de esos vv. Lucas logra reflejar con inspirado acierto el empeño de Jesús por enseñar a sus discípulos -en su *camino a Jerusalén*-³ la relación de continuidad básica y progreso superador entre la *Antigua Ley* y la *Nueva Ley*, la orientación de una y otra hacia *la vida que anhelamos eterna*, y el fundamento común de ambas: el *amor a Dios y al prójimo*, como respuesta al infinito, anticipado y previo *Amor de Dios* manifestado sucesivamente en la Alianza y en la persona de Jesucristo. Estamos en el paso del *amor a la antigua Ley*, a la proclamación de *la nueva Ley del Amor*.

2. Oración inicial: meditación sapiencial sobre el amor a la ley de Dios.⁴

1. *Dichoso el que con vida intachable camina en la voluntad del Señor;
dichoso el que, guardando sus preceptos, lo busca de todo corazón.*
7. *Te alabaré con sincero corazón cuando aprenda tus mandamientos.*
14s. *Mi alegría es el camino de tus preceptos,
más que todas las riquezas ... tus decretos son mi delicia.*
24. *Tus preceptos son mi delicia, tus enseñanzas son mis consejeros.*
35. *Guíame por la senda de tus mandatos, porque ella es mi gozo.*
64. *Señor, de tu bondad está llena la tierra; enséñame tus decretos.*
68. *Tú eres bueno y haces el bien, instrúyeme en tus decretos.*
- 92s. *Si tu ley no fuera mi delicia, ya habría perecido en mi desgracia;
jamás olvidaré tus mandatos, pues con ellos me diste vida.*

² Ver Rom 8, 18. Conviene leer detenidamente los versículos que siguen, hasta el final del capítulo (8-38).

³ Ver II, 3.

⁴ La meditación consta de una selección de vv. del salmo 119. Su autor recurre a una serie de artificios del lenguaje para confesar su amor por la ley de Dios. El salmo contiene veintidós estrofas, tantas como las letras del *alefato* (alfabeto hebreo), y cada una de ellas consta de ocho versos. El número ocho significa la *suma perfección* al ser la suma de 7 (número indicativo de plenitud) + 1. Los versos de cada estrofa comienzan con la misma letra con lo cual, de la primera hasta la última letra, todo el vocabulario de la lengua hebrea se usa para expresar el amor a la ley de Dios (Ver nota al salmo en la SB versión oficial de la CEE, p. 978).

97. *¡Cuanto amo tu ley!: todo el día la estoy meditando.*
- 99s. *Soy más docto que todos mis maestros, porque medito tus preceptos.*
Soy más sagaz que los ancianos, porque cumplo tus mandatos.
111. *Tus preceptos son mi herencia perpetua, la alegría de mi corazón.*
127. *Yo amo tus mandatos más que el oro purísimo.*
156. *Grande es tu ternura, Señor, con tus mandamientos dame vida.*
159. *Mira cómo amo tus mandatos, Señor, por tu misericordia, dame vida.*
167. *Mi alma guarda tus preceptos y los ama intensamente.*
174. *Ansío tu salvación, Señor; tu ley es mi delicia.*

El orante y meditador de estos versículos irá descubriendo sin duda, al leerlos, la transición que en ellos va hilvanando el salmista desde *la ley, los preceptos, mandatos, mandamientos* hacia *la alegría, la delicia, el gozo, la riqueza, la sagacidad y la ternura* que encierra para él la ley de Dios. Al juicio piadoso que oraba antiguamente y sigue orando hoy con el salmo 119, *ansiendo la salvación, el don de la vida, la bondad de Dios ...* la ley le en-



señaba y le sigue enseñando a *caminar en la voluntad del Señor*; ella es la senda que le lleva al desvelamiento de su *gran ternura y misericordia*.

3. Desde el camino de mi vida. Estando yo un día en la sección de Urgencias del Centro de Rehabilitación y Traumatología de La Paz, nos trajeron un herido por arma de fuego y abundantes contusiones, resultado de una reyerta entre bandas de narcotraficantes.

Al mando de los miembros de las fuerzas de seguridad venía un oficial que, después de intervenir en los trámites de ingreso del herido en la Urgencia, y de ordenar a sus subalternos tanto la vigilancia del mismo como la elaboración del papeleo correspondiente, se acercó a mí y, para *hacer tiempo*, me hizo una de

esas preguntas rutinarias con las que se intenta iniciar una conversación: *¿Qué tal, Padre, ¿cómo le va por aquí? ¿tiene mucho trabajo?* Como la asistencia al herido iba a llevar un buen rato, le invité a tomar un café en el bar del Centro y así empezamos a darnos a conocer mutuamente.

Él se interesó por mi labor como capellán de hospital y yo, lógicamente, por sus responsabilidades y quehaceres como agente al servicio de la ley. Comenzó diciéndome que estaba casado y con dos hijos, que rondaban ya la veintena. Ellos y su mujer eran -declaró con espontáneo énfasis- la mayor satisfacción de su vida.

Después pasó a describirme los avatares de su vida policial, dejando bien claro su convencimiento sobre la necesidad de una lucha *sin cuartel* contra los narcotraficantes, los *camellos* y todos los *indeseables* (sic) que sostenían el mundo de la droga, lamentable lacra de la sociedad y, sobre todo, de la adolescencia y la juventud. Consideraba muy blanda la legislación al respecto y, más blanda aún, la interpretación que no pocos magistrados hacían de las leyes. Su santo y seña como servidor de la ley, según me reiteró varias veces, lo expresaba en la sentencia latina *dura lex, sed lex*, que él entendía en el sentido de que en estos casos *la ley tenía que ser dura* en su contenido, interpretación y aplicación.

Tras un buen rato de conversación, un celador de la Urgencia vino para avisarnos de que el herido quedaba ingresado en el Centro. El oficial dio las gracias a los facultativos y al resto del personal por la atención recibida, dejó una pareja de agentes para que quedaran vigilando al detenido a la puerta de la habitación donde se le ubicó y, tras un apretón de manos, se despidió también de mí. Y no volví a acordarme de él hasta un tiempo después, cuando inesperadamente volvió a ponerse en contacto conmigo.

4. Del amor a la Ley ... La *Torah*,⁵ entendida sólo como un mero conjunto de preceptos religiosamente vinculantes, no es capaz de atraer hacia ella *todo el corazón, toda el alma, toda la fuerza y toda la mente* de aquellos a quienes va

⁵ Ver III, 6; p. 28s.

dirigida. El amor humano y no digamos el Amor divino, del que aquel es una participación, no puede ser requerido sin más *por decreto*. La exigencia de este Amor radical, desbordante y sin resquicio ni vacilación, no tiene poder de atracción suficiente si se filtra sólo a través de normas jurídicas. Requiere *mandamientos* amorosos. Estos, como concreciones de la Ley divina, son el resultado de una Alianza basada, a su vez, en la pura gracia, donaire, generosidad infinita de Dios. Y mediante esta Alianza los hombres son invitados a responder al Amor de Dios con toda la capacidad de amar que el mismo Dios ha puesto en ellos.

Hasta aquí llega el AT. Pablo de Tarso, antiguo fariseo convertido a la *ley de Cristo*,⁶ reconoce y reafirma ese mismo *amor a la Ley* en sus cartas, mediante textos como estos:

- *A nadie le debáis nada, más que amor mutuo; porque el que ama ha cumplido el resto de la ley ... cualquiera de los otros mandamientos, se resume en esto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo ... por eso la plenitud de la ley es el amor (Rom 13, 8-10).*
- *Toda la ley alcanza su plenitud en este solo precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Ga 5, 14).*

5. ... a la Ley del Amor. Igual que en el caso de la *vida eterna*,⁷ el AT va esbozando también la conjugación de la *Ley antigua* mediante el verbo *amar*, que tendrá su exponente máximo en Jesucristo. He aquí un ejemplo, entre otros muchos:

El Señor se enamoró de vosotros y os eligió, no por ser vosotros más numerosos que los demás, pues sois el pueblo más pequeño, sino que, por puro amor a vosotros, y por mantener el juramento que había hecho a vuestros padres, os sacó el Señor de Egipto ... y os rescató de la casa de esclavitud ... (Dt 7, 7s).

⁶ Ver Ga 6, 2: *Llevad los unos las cargas de los otros y así cumpliréis la ley de Cristo.*

⁷ Ver IV, 5.4, p. 39s.

Como haciéndose eco de esta declaración que expresa la iniciativa del amor divino anterior a todo precepto, Jesús dirá a sus discípulos en el discurso de la última Cena, poco antes de su muerte:

No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto ... (Jn 15, 16).

Tal fruto consiste en la comprensión y realización de la nueva alianza, allí donde la gratuidad divina llega a su colmo en un don sin medida, pues en Jesucristo *se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor por los hombres* (Tit 3, 5); *en esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo ... (1 Jn 4, 10).*



Ese Amor es el que Jesús convierte en el *mandamiento nuevo*, el santo, seña, fundamento y conjugación perfecta de la *nueva ley*:

Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos (Jn 13, 34s).

Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado ... Esto os mando: que os améis unos a otros (15, 12.17).

6. Volviendo al camino de mi vida. Casi al cabo de un año de mi encuentro en la Urgencia de Trauma con el oficial de policía antes mencionado, la supervisora me entregó un papel en el que había escrito un número de teléfono. Me aclaró que pertenecía a alguien que, sin darse abiertamente a conocer, decía esperar que yo me acordara de él y que, por favor, le llamara sin demora, pues tenía necesidad de que habláramos.

Marqué el número de teléfono, oí una voz masculina firme al otro lado del

auricular, me identifiqué ante mi interlocutor, y él se apresuró a darme las gracias por responder al reclamo que me había dejado con la supervisora de Urgencias. En seguida puse cara a la voz y reconocí al oficial de policía que nos trajo tiempo atrás al *camello* herido. Él me preguntó con premura que si podíamos volver a vernos, pero fuera del hospital, pues necesitaba urgentemente hablar conmigo en privado. Quedamos en una cafetería del centro de Madrid ese mismo día y a una hora concertada. Cuando llegué ya me estaba esperando; nos saludamos, pedimos el café de rigor y nos sentamos en una mesa apartada. Tras agradecer mi prontitud en acudir a la cita, procedió a desahogarse, a sacar fuera aquello que *ahogaba* su espíritu.

Dos días antes él, defensor a ultranza de la ley y de su aplicación estricta a los delincuentes del narcotráfico, había recibido la llamada de otro compañero, oficial de policía en una comisaría diferente de la suya, notificándole que tenían arrestado a uno de sus hijos por tenencia y venta callejera de droga; y que, tras las primeras diligencias, el juez había ordenado su ingreso en prisión. Hundido en una mezcla de dolor intenso, autorreproches a su labor como padre, lamentos por el sufrimiento compartido con su esposa y su otro hijo, vergüenza ante el resto de la familia y ante sus colegas de la policía, maldecía todo lo maldecible, renegaba de la vida y de sus convicciones anteriores sobre el rigor de la ley.

Cuando se fue calmando, me contó su encuentro con el hijo en el calabozo de la comisaría, su acompañamiento posterior a la prisión y sus primeras visitas a la misma, tras haber quedado aquél ingresado en ella, a la espera del correspondiente juicio. Me confesó que, tras no saber qué decir ni qué hacer en un principio, una nueva comprensión de los contenidos y la aplicación de las leyes anti-droga se estaba abriendo paso en su interior. Como suele decirse en el argot tau-rino, estaba *viendo los toros desde el otro lado de la barrera, desde el mismo ruedo*. Sus anteriores juicios de dureza legal, *a palo seco*, iban siendo lentamente complementados por sentimientos de comprensión hacia personas que, como su hijo, habían caído no por mero capricho en las redes de araña del narcotráfico. Estaba vislumbrando la *entraña humana* de la ley.

Tanto más cuando, en posteriores encuentros con su hijo en la cárcel, tuvo ocasión de comprobar que alguno de los presos que él había detenido y contribuido a encarcelar, por idénticos motivos, estaban ayudando a aquél a acomodarse a la vida carcelaria, sabiendo quién era su padre. Hoy, este oficial de policía, ya jubilado, es un voluntario de la pastoral penitenciaria en la prisión provincial de la ciudad adonde hace años trasladó su domicilio familiar.

Él también había descubierto que, a la luz de la Ley divina, cabe conjugar la ley humana con el verbo *amar*. Se convirtió en Buen Samaritano.

7. Preguntas para la reflexión personal o en grupo. a. ¿Qué importancia tienen en tu vida religiosa y ético-moral los diez *mandamientos de la Ley de Dios*? ¿te resultan más bien indiferentes?, ¿fomentan en ti el *temor de Dios*?, ¿O te llevan a *amarlo sobre todas las cosas*?

b. Reflexiona detenidamente sobre la exhortación de San Pablo: *Llevad los unos las cargas de los otros y así cumpliréis la ley de Cristo*;⁸ ¿Cómo la hilvanas con la parábola del Buen Samaritano?

8.Meditación final. *¿Quién nos separará del amor de Cristo?,
¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?,
¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada? ...
Pero en todo eso vencemos de sobra gracias a Aquel que nos ha amado.
Pues estoy convencido de que ni muerte ni vida ...
ni presente ni futuro, ni criatura alguna
podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús,
nuestro Señor (Rom 8, 35-39).*



⁸ Ga 6, 2.